

**UNA «OBRA DE DIOS» EXTENDIDA POR EL
MUNDO:
LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS DOMINICAS
DE LA ANUNCIATA
ANTE EL 150 ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN
(1856-2006)**

Vito T. GÓMEZ GARCÍA, O.P.
Madrid, 9 de diciembre 2005

El título de esta reflexión responde a una de las convicciones más profundas que albergó en su alma el Beato Francisco Coll, a saber, que la Congregación que surgía en Cataluña dentro de la Orden Dominicana, a mediados del siglo XIX, era una «Obra de Dios» que su providencia entregaba al mundo, no para que tuviera tan sólo una existencia limitada en el tiempo, ni para afianzarse solamente en un ámbito geográfico o cultural, sino para insertarse en el compromiso que la Iglesia tiene de acompañar la marcha de la historia humana y difundirse hasta los confines del mundo. Con fuerza y de manera reiterativa expresó, de palabra y por escrito, éste convencimiento que llevaba tan prendido en su corazón: «Afuera, afuera toda duda... no cesará esta Congregación hasta extenderse por el mundo entero», —fueron sus palabras como esculpidas de manera indeleble en uno de los últimos escritos que dirigió a las Hermanas, el *Proyecto de Constituciones* de 1868.

Cuando el tiempo iba dando la razón al que fue instrumento providencial de tal Obra, al sobrepasar los cincuenta años de existencia y presente ya en tierras hermanas de América, el Maestro de la Orden dirigió a esta Congregación, amparada por la Virgen del Rosario, primera en su género en España y entre las primeras de la Orden de Santo Domingo, una carta, verdadero documento de antología que merecería figurar con letras destacadas en lugar donde el mensaje fuera repetidamente recibido y profundizado.

Era Maestro de la Orden el hoy Beato Jacinto M^a Cormier, y éste, en 1912, felicitaba, desde luego, a las Hermanas por lo mucho que había prosperado su grupo, así como por la oportunidad del mismo para cuanto necesitaba la Iglesia. Le parecía, asimismo, oír de labios del P. Coll, cuyo Centenario del nacimiento se

celebraba, estas palabras: «Haced de manera que cuanto más se extienda vuestra Congregación más profundas raíces eche en la tierra de la humildad. Que todas las ramas estén fuertemente unidas al tronco central, del cual reciben la vida, quiero decir a la Casa Madre; pero, sobre todo, las ramas más apartadas, que tienen más necesidad de este socorro y están más expuestas a formarse cierta independencia. Que la caridad establezca la unión de sentimientos y de actividad entre todas vosotras, de manera que constituya vuestra fuerza en el sacrificio y vuestro consuelo en las penas. En medio de todas las obras que solicitan vuestro celo, acordaos que vuestra primera obra sois vosotras mismas, es vuestra perfección religiosa; obra que comenzasteis en el Noviciado y que debe continuar hasta el fin, aun cuando la edad y el agotamiento de las fuerzas os eximan de los trabajos exteriores. En fin, todas juntas, jóvenes y ancianas, amad a la Iglesia, amad a la Orden, amad a las almas».

* * *

Signo de valoración y aprecio por cuanto se vive, aunque no la única muestra, es el recuerdo que se abre a la celebración. Recordamos y celebramos en esta oportunidad que da comienzo al Año jubilar, al cumplirse siglo y medio de gracia y bendición incesante, porque esto ha sido sin duda la historia de la Anunciata.

La Congregación ha conmemorado con gozo efemérides muy señaladas: en 1906, Cincuenta años de existencia; 1912 fue año intenso de evocaciones por el Centenario del nacimiento del P. Coll; 1925 trajo el recuerdo del Quincuagésimo de su muerte; 1956, Centenario de la fundación de la Anunciata; 1975 Centenario también de la muerte del P. Coll y, cuatro años más tarde, la acción de gracias alcanzó cotas muy altas por su Beatificación, programada por dos Papas —Pablo VI y Juan Pablo I— y realizada, al fin, por un tercero, Juan Pablo II, como estreno de su amplio ministerio de Beatificaciones y Canonizaciones.

El año 1986, celebramos en Solsona y Vic el Ciento cincuenta aniversario de aquel sacerdocio, el del P. Coll, que, a causa de leyes civiles persecutorias, tuvo que recibirlo de manera clandestina en la capilla privada del palacio episcopal, y que no pudo estrenar con primera Misa solemne en su pueblo natal, entre familiares y paisanos que tanto le apreciaban. La cantó, sin embargo, en la ermita de *Sant Jordi de Puigseslloses*, apoyado por la familia Coma y personas amigas de los entornos.

No pasó por alto, en fin, el Centenario de una extraordinaria mujer y Dominica de altísimo precio que fue la H. Rosa Santaugenia y Coll. En esta ocasión hacemos votos para que, puesto que no ha tenido la apertura de un Proceso de Beatificación y Canonización, tenga, al menos, una Biografía lo más científica posible.

A todas las celebraciones de carácter general habría que añadir las particulares de Provincias y hasta de Casas, muchas de las cuales, como es natural, han celebrado ya sus Centenarios, Bodas de Diamante, de Oro o de Plata. Es verdad igualmente que todas las celebraciones generales han tenido eco en las

comunidades locales, entre Hermanas, alumnos, padres de familia, profesores y demás personal de los centros. Lo propio deseamos para este Ciento Cincuenta Aniversario que hoy se inicia.

* * *

Cada uno de los mencionados recuerdos festivos ha proporcionado frutos de muy alto valor, se han estrechado lazos de comunión, se ha aprovechado la oportunidad para reflexionar y planificar, como corresponde a una Obra que trasciende tiempos limitados y espacios reducidos. Han visto la luz publicaciones, se ha reavivado el carisma, organizado encuentros y cursos; se ha puesto de manifiesto, sobre todo, que hay gran aprecio por la vocación recibida, e intensa colaboración para que sea correspondida y ofrecida a muchas personas de toda raza, lengua y condición.

A lo largo del tiempo y, con frecuencia, en las celebraciones apuntadas se ha hecho balance, y a veces éste se ha publicado. A 30 años del comienzo se escribía que eran ochenta los Colegios y Casas abiertas, e impulsaban estas instituciones quinientas sesenta Hermanas (*El Santísimo Rosario* = SR 1,1886, 282). Cuatro años más tarde —en 1891— se consignaba que se habían fundado veinte Colegios más (SR 6, 1891, 523–528). En 1895, a los veinte años de la muerte del P. Coll, se aseguraba que, desde el comienzo habían ingresado 1070 Hermanas y eran 106 seis las Casas existentes. A la temprana petición de expansión hacia las Islas Filipinas se habían sucedido otras súplicas procedentes de América y Oceanía (SR 10, 1895, 406–413). Fue en este mismo año 1895 cuando se publicó la primera *Crónica de la Congregación* que, con el paso del tiempo, se verá engrosada con varios volúmenes más y miles de páginas.

1904 significó un paso hacia adelante con la creación de *Provincias*, a los 48 años de la fundación. Hay que reconocer parte decisiva en tal hecho a la H. Antonia Gomá, Priora General desde agosto de 1902. Tras dos años de gobierno entendió que las Hermanas y las Instituciones estarían mejor servidas con una división en Provincias que, por lo demás, había bosquejado ya el P. Coll; respaldó la propuesta el Capítulo General especial de 1904. Contaba entonces la M. Gomá 40 años de edad y 26 de pertenencia a la Congregación. No formaba parte, en sentido estricto, de la primera generación de Hermanas, pero sí había convivido con muchas de ellas. Se formaron entonces dos Provincias, la de Cataluña y la de Castilla.

* * *

Comparaban la Congregación en su primer jubileo —el de 1906— al «grano de mostaza» de la parábola evangélica, diminuta semilla que, *merced a los nunca bastante apreciables cuidados de su Fundador*, «descollaba sobre todas las demás Congregaciones Dominicanas extendidas por las cinco partes de la tierra, y casi igualaba a las que con distintas denominaciones y diversos fines existían desde hacía dos siglos». Institución «fundada sobre la humildad y coronada por la caridad». A medida que progresaba —se decía—, echaba raíces más profundas, y se sentía abrasada por el celo más extenso. Conservaba el carácter que le había infundido el P. Coll, y sabía adaptarse a las circunstancias de tiempos, lugares y personas, sin sufrir el menor quebranto en todo cuanto constituía desde el

principio su carácter propio, su espíritu esencialmente dominicano. Las Casas y Colegios, por entonces, eran 120, y cada fundación era «semillero» de otras posteriores. Se aplicaban los últimos adelantos pedagógicos en todos los niveles de la enseñanza (SR 21, 1906, 502 – 504).

Muchos lectores, especialmente del ámbito dominicano de habla hispana, pudieron acompañar con interés el hecho de la expansión de la Anunciata más allá del Continente Europeo. Como es sabido, en 1908, hace ya casi cien años, un grupo de doce Hermanas surcaron — en el vapor «Leone XIII»—, los mares que desde el siglo XVI venían atravesando los hijos e hijas de Santo Domingo para ofrecer un *servicio generoso a la Palabra de Dios* en el Nuevo Mundo. Doce Hermanas pasaron en el verano de 1908 a América; fundaron primero en la República Argentina y, después, en Uruguay. Publicaba con amplitud esta noticia la benemérita revista «El Santísimo Rosario», editada y difundida por los Dominicos de la Provincia de España.

El Cronista de tal publicación, que corría por España y América, y se recibía, desde luego, en todas las Casas de la Congregación, expresaba contento porque, al fin, las Dominicas fundadas por el célebre misionero P. Coll podían acceder a las muchas peticiones que se cursaban de varias partes del mundo. Habían fundado 143 Colegios desde su «misteriosa aparición», se decía en 1908, y en tales Centros educativos se impartía una sólida enseñanza y perfecta educación. «Evidentemente —escribía de modo textual el aludido Cronista— la mano de Dios había sido su conductora». Comprobaba, igualmente, que los Superiores, en especial las Prioras Generales HH. Rosa Santaeugenia, Concepción Vila y la entonces Superiora H. Antonia Gomá, se mostraban incansables por consolidar lo edificado, establecer nuevas Casas donde la gloria de Dios lo reclamaba, y perfeccionar la Congregación, gigante desde su misma aparición, «pues gigante merece ser llamado el Instituto que en los dos primeros años fundó Casas-Colegios en catorce poblaciones diferentes». Todo esto intuimos que escribía, aunque de forma anónima, el P. Lesmes Alcalde, primer biógrafo del P. Coll, y primer Cronista también de la Congregación (SR 23, 1908).

* * *

Las fiestas Centenarias del nacimiento del P. Coll se fijaron en especial para el mes de mayo de 1912. Una vez más puede comprobarse que cuanto se escribe deja huella duradera en el tiempo. Buen acierto tuvieron las Hermanas sugiriendo la edición de un número monográfico de la mencionada revista «El Santísimo Rosario». A sus páginas se asomaron Dominicas escritoras, la mayoría pertenecientes a la primera generación. Escribieron también admiradores de la persona y Obra del P. Coll, destacando el Venerable Torras y Bages, Obispo de Vic, el Canónigo Collell, terciario Dominicano como el anterior, y el sobrino segundo del P. Coll, Dr. D. Ramón Puig y Coll, mártir en la persecución religiosa de 1936, cuyo testimonio de fe, unido al de otros diocesanos, está recogiendo el actual Prelado Mons. Romà Casanova. Noticia ésta muy grata para la Anunciata; custodia los restos del mártir la Comunidad de Gombrèn en el cementerio parroquial.

Hermanas escritoras destacaron en el mencionado número monográfico la devoción mariana de su Fundador, lo bien cimentada que dejó la Congregación, con intensa influencia en la sociedad y despertadora de vocaciones. —«Yo aspiré ese aire embalsamado en los albores de mis días», recordaba una que formaba parte de la comunidad de Castellar del Vallés. Aludían también a la habilidad del gran Domingo como arquitecto al trazar las líneas maestras de la Obra suscitada por Dios, con capacidad de acogida para salvaguardar del mal y encaminar hacia el bien; hablaban de cómo sobrevivía más allá de los años en que recorrió caminos entre bosques, montañas y valles, casi siempre a pie a imitación de Santo Domingo y de San Vicente Ferrer. «¿Quién ha hecho prosperar tanto este pequeño retoño del Rosal Dominicano?» —se preguntaba una que animaba la escuela de Cadaqués, en la provincia de Gerona.

El Dr. Puig y Coll —el mártir— miraba hacia Gombren, pueblo natal, y clavaba sus bondadosos ojos en el santuario de Montgrony; consignaba algo para recordar siempre: que la cuna de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata hay que situarla a los pies de aquella imagen románica de María con su divino Hijo en el regazo, cobijada en su secular ermita bajo consistentes rocas de la cadena montañosa prepirenaica. «Me cumple hacer constar» —escribía este catedrático de Teología Moral en el seminario de Vic— que *allí, en Montgrony, concibió su proyecto fundacional el P. Coll bajo el amparo y protección de la Virgen.*

Con sabiduría, característica suya, y asimismo a partir del conocimiento directo que tuvo del P. Coll y tenía de la Congregación, testimoniaba el Venerable Torras y Bages que el Fundador supo hacer de las Hermanas continuadoras de la misión apostólica de Santo Domingo. Su Casa Madre, a pocos metros del Palacio Episcopal, era «foco de Guzmanismo», es su expresión, es decir, revivía en ella el espíritu dominicano, moderna faz de celo por la fe y devoción a María, en la forja de inteligencias y corazones. Reconocía y agradecía este Santo Obispo, ferviente hijo de Santo Domingo, cuanto significaba la Casa Madre de la Calle Norte, continuadora de la situada antes en Calle Capuchinos, y fruto ambas del humilde piso de alquiler que se abrió en agosto de 1856 en el Call Nou.

La Casa Madre —se le antojaba al Obispo Torras y Bages— santuario vivo, hogar de vida, donde se formaban docenas de jóvenes, y a cuya escuela acudían centenares de niñas. En su iglesia, bajo la mirada y amparo de la Virgen del Rosario, que presidía entonces su ábside neogótico, estaban las reliquias del, desde hacía seis años, Beato y hoy Santo San Pedro Almató y Ribera, traídas del lejano Oriente; se custodiaban también los restos del P. Coll y de la H. Rosa Santaeugenia. Hermanas formadas en la Casa Madre —recordaba— estaban ya a la otra orilla del Atlántico, «para propagar por todas partes la sencilla Verdad y el Amor puro, que forman la substancia de nuestra Religión divina, cultivando planteles de tiernas niñas que un día han de ser mujeres, y colaborar con su influencia afectiva y doméstica, a dar carácter y sentido cristiano a la sociedad civil, contribuyendo por tanto a que el pueblo se rija y los hombres vivan en conformidad con el espíritu sobrenatural que Jesús envió al mundo».

Por su parte, el Canónigo Collell, que con motivo de este Centenario de 1912 trazó una breve semblanza del P. Coll para anteponer a nueva edición de la

obra en catalán titulada «Hermodsa Rosa», escribió sobre el estandarte de la «Virgen Misionera» que llevaba en la predicación por pueblos y ciudades, y que precisamente, en nombre de la Cofradía del Rosario de Vic, donaba en aquella oportunidad a la Casa Madre. Ponderaba la acción bienhechora que el P. Coll llevó a cabo por extensos territorios de Cataluña y hasta de algunas tierras de Aragón, enamorado de Cristo y ardientemente solícito del bien del prójimo.

* * *

En 1921 las Hermanas se sumaron por todas partes al VIIº Centenario de la muerte de Santo Domingo. La Provincia de Cataluña contaba por entonces 98 Casas, 20 la de Castilla y 11 se hallaban en territorio de Argentina y Uruguay. De la estadística resultaba que las religiosas eran en total 1.300 (SR 36, 1921, 439-440).

Nuevo motivo para repasar el acontecer histórico lo ofreció el año 1925, Quincuagésimo Aniversario de la muerte del P. Coll. Al lado de Dominicos del convento de Barcelona tomaron parte en los actos programados en Vic sacerdotes diocesanos, y religiosos Franciscanos, Claretianos, Padres del Oratorio de San Felipe Neri, Maristas. Notificaban publicaciones de la época que la tumba donde reposaban los restos del P. Coll —entonces contigua a donde están ahora sus reliquias— estaba adornada con gusto y sobriedad; coronaba todo un hermoso rosario entre abundantes flores, para representar el aroma que por doquier difundía el P. Coll con su predicación sobre la devoción del santo Rosario. Predicó todavía su sobrino, el mencionado mártir Puig y Coll. Se formulaba al fin de la citada Crónica una oración: «Descanse en paz el P. Coll, y Dios haga que en día no lejano, en honor de varón tan ilustre y tan popular, pueda celebrarse no Misa de difuntos, sino de gloria».

Al hilo de esta oración formulamos hoy otra: que con la plegaria de todos consigamos ver felizmente clausurada la Investigación diocesana aquí en Madrid sobre presunto milagro atribuido a la intercesión del P. Coll y que, superados todos los trámites del proceso en Roma, consigamos pronto ofrecerlo a la Iglesia universal con el título de Santo.

El medio siglo de la muerte que se cumplió en 1925 animó a dar pasos para abrir el Proceso de Beatificación y Canonización. Se escribía entonces de esta manera: «Sirva la reverencia y filial afecto de sus hijas, para que desde el cielo siga bendiciéndolas y obre milagros, a fin de que pueda incoarse cuanto antes la causa de su Beatificación, si ésa es la voluntad del Altísimo, a la que fue siempre y en todas ocasiones tan adicto el insigne Dominico». (SR 40, 1925, 294-295).

La opinión pública lo tenía prácticamente canonizado, y la Congregación pidió resueltamente en el Capítulo General de 1927, en que fue elegida la H. Antonia Gomá, que cuanto antes se comenzase, «sin consideración a gastos y trámites». De hecho se abrió el 3 de marzo de 1930 bajo la presidencia del Obispo de Vich, Juan Perelló y Pou, a petición del Postulador general de la Orden, Fr. Francesco Guerrini, de la Congregación de san Marcos de Florencia (SR 45, 1930, 305).

La revista dominicana ilustrada «Rosas y Espinas», que hasta entonces tuvo dos Directores, hoy en los altares los dos, los Beatos Luis Urbano, su fundador, y Santiago Meseguer, publicaba una profunda meditación, propia de otro santo mártir, el Beato Antonio López Couceiro, que no quiso dejar pasar los Cincuenta años de la muerte del P. Coll sin transmitir a la posteridad cuanto pensaba acerca de él. Se trata de un texto de gran valor, que habrá que hacer lo posible para que entre, al lado de otros, en el Oficio litúrgico de su fiesta, una vez canonizado. (Año XI, mayo de 1925, nº 157).

Esta publicación, por su parte, elogiaba la capacidad de adaptarse que demostraban las Dominicas de la Anunciata: «Tienen —se escribía— estas religiosas una especial gracia de adaptación, pues saben dar, no solamente a su enseñanza, sino también a sus instituciones de enseñanza, todas las modalidades circunstancialmente oportunas para que sea más seguro el éxito de sus trabajos y más copioso el fruto de su religioso Instituto». Publicaban fotografía de dos grupos de alumnas, de Lérida, y de Oviedo; las asturianas se habían distinguido por la realización de un festival a favor de las misiones. Un año antes, el 30 de septiembre de 1924, se había incorporado al Colegio de Oviedo la H. Dominga Benito Rivas, que iba a ser su alma por más de un decenio, y que dejó impronta duradera entre externas e internas; junto a la Comunidad probó los horrores del bombardeo del Colegio en la «Revolución de Octubre de 1934», y se vio perseguida en el verano de 1936. Supo, sin embargo, sobreponerse a la prueba y, durante la guerra, continuó formando, como Maestra de Novicias en Navelgas, a jóvenes valientes, que seguían la llamada de la vocación en momentos en que tantos dieron la vida por mantenerse fieles a su consagración, bautismal, religiosa y sacerdotal.

* * *

En marzo de 1925 se dividió la Provincia de *Cataluña* en dos: una se colocó bajo el patrocinio de *San Raimundo de Peñafort*, y la otra bajo la advocación de *Nuestra Señora del Rosario*. La de San Raimundo tendrá sede provincial en Barcelona, calle Elisabets, y la de Nuestra Señora del Rosario en Manresa, a la sombra del histórico santuario de Nuestra Señora de Valldaura.

La creación de nueva Provincia en Cataluña afectó a la de Castilla. Su casa provincial siguió en la Calle Velázquez de Madrid, y recibió el patronazgo de *Santo Domingo*. No tendrá en adelante bajo su jurisdicción las comunidades de Valencia, que pasaron a la nueva Provincia de Nuestra Señora del Rosario.

En 1942 se constituyó la de *Santa Catalina de Siena*, con Casa Provincial en Oviedo, y las Comunidades de Asturias, País Vasco y Navarra. A la de Santo Domingo pasaban las de Valencia. Siete años más tarde, en 1949, se erigió en América del Sur la Provincia de Santa Rosa de Lima, con Casa provincial en Buenos Aires. La de San Martín de Porres de Centro América data de 1971, y el Vicariato Beato Reginaldo de Orleans para Francia y Suiza, de 1937.

Los ecos del Quincuagésimo de la muerte del P. Coll en 1925 llevaron a Vic al Maestro de la Orden Fr. Buenaventura García Paredes, que, de paso hacia

París en 1926, desvió su ruta y presidió la toma de hábito de treinta postulantes. Habló en la ceremonia del reinado de Cristo en la tierra, y animó a procurarlo con firmeza y valor por el ejercicio de las virtudes religiosas. Al cabo de sólo diez años daría él pruebas de firmeza y valor hasta la muerte, en Madrid, donde fue martirizado. Presidió aquel día en Vic a un grupo de valientes Dominicas, y presidirá Dios mediante en su, esperamos, pronta Beatificación, a un grupo dominicano de mártires, que incluye a Siete Hermanas de la Anunciata. En nombre de la Congregación le dio la bienvenida a la Casa Madre la Priora General, H. Mercedes Miralpeix; recibió también el saludo del Obispo Muñoz, con título de Patriarca, del Dr. Collell y del Dr. Puig y Coll. Era la cuarta vez que un Maestro de la Orden visitaba la Casa Madre; por tres veces lo había hecho a finales del siglo XIX el P. José María Larroca, la primera vez todavía en la calle Capuchinos. («Rosas y Espinas», Año XII, noviembre de 1926, n.º. 175).

* * *

El recuerdo del P. Coll y la evocación de cuanto significa la Congregación se ha realizado con frecuencia. En 1942, por ejemplo, al cumplirse los 130 años de su Bautismo, colocaron una lápida junto a la pila bautismal, en el interior de la iglesia de Gombrèn, pila que se salvó providencialmente en los aciagos tiempos de la persecución religiosa. Presidió la Misa el Dr. Juan Viñals, beneficiado del Monasterio de Ripoll y Vicepostulador en la Causa de Beatificación. Asistió la Priora General, H. Reginalda Rossinyol, con su Consejo. La predicación corrió a cargo del dominico P. Luis Batlle, que resaltó la gran figura cuya memoria había de inmortalizar el pueblo de Gombrèn como, en verdad, lo viene haciendo. Visitaron con gran emoción la casa natalicia, que no había adquirido aún la Congregación (SR 57, 1942, 291-292).

Tres años más tarde, en 1945, se editaba la biografía escrita por el P. Getino; fue precisamente el P. Aniceto Fernández quien se encargó de presentarla a los lectores de la revista «El Santísimo Rosario». En su opinión, el autor había conseguido maravillosamente dar a conocer las grandezas del Fundador y de la Anunciata, «que es ya hoy —escribía— una de las Congregaciones más florecientes de Religiosas». Con esta nueva biografía se había conseguido hacer altamente simpática y amable la grandiosa figura del humilde P. Coll. Aseguraba el mencionado P. Aniceto que el libro del historiador Getino estaba a la altura de la gran figura biografiada, y que maravillaba que no fuera más conocida, y que no hubiera sido ya reconocida su santidad por la Iglesia. (SR 60, 1945, 248-251).

El Centenario de la Fundación, durante el año 1956, ofreció oportunidad para seguir profundizando y celebrando. De una manera u otra muchos de los aquí presentes somos testigos del entusiasmo con que se vivieron sus principales fechas. Por entonces, todavía niños, muchos tuvimos el primer contacto con la vida del Beato Francisco Coll, ayudados por Hermanas de la Anunciata, nuestras profesoras; las redacciones que nos encargaban fueron medio eficaz para valorar tempranamente cuanto significó en el servicio de la Iglesia y de la sociedad. Hermanas de diferentes partes, además, pasaban por nuestro convento de San Raimundo de Cardedeu, cuando iban o retornaban de Vic.

Atribuyen a la ilustrada Cronista H. Josefa Andrés esta sentencia: «¡Quien no ha visto la Casa Madre de Vic no conoce la Anunciata!». La Crónica General de la Congregación ha recogido con puntualidad cuanto se realizó allí a lo largo de 1956. El Centenario, además, ensanchó los horizontes de la Anunciata hacia Roma, Guatemala, Costa Rica... Se colocó la primera piedra de este Colegio en que nos hallamos, dedicado a Santa Catalina de Siena en la Avenida de Alfonso XIII de Madrid; no había apenas colegios religiosos en este barrio de Chamartín. (SR 71, 1956, 228-237).

En el año Centenario hubo espacio para todo: exposiciones, certámenes, publicaciones, celebraciones religiosas y académicas, procesiones, como la que se organizó desde la Casa Madre a la Catedral de Vic a comienzos de abril, veladas literarias, danzas regionales, composiciones musicales. Unos se fijaban en las características de la Congregación, otros en el P. Coll como misionero infatigable, o en su condición de religioso dominico, en sus virtudes y escritos. No faltó quien se fijara en su dimensión de pedagogo; mil detalles de su vida y escritos hablaban al respecto, y estimaban que motores principales de su pedagogía fueron: *amor*, *alegría* y *optimismo*. Fue un organizador —escribía la H. Oñoro— y empezó su acción educadora «por donde deben comenzar todas las obras grandes que se dirigen al corazón: por el AMOR [...]. No olvidemos —añadía— que el tiempo de la educación es tiempo de siembra y que a menudo no quiere el Señor que seamos nosotros quien recoja el sazonado fruto de una abundante cosecha. Mas si obramos el bien y trabajamos con celo, poco nos importará el cierto o aparente fracaso. Dios cuenta nuestros sacrificios y sabe que aquellos de nuestros alumnos que hoy, quizá inconscientemente, parece que no quieren aprovecharse, guardan muy dentro del corazón esa semilla, que fructificará más tarde» (SR 71, 1956, 184-187).

La revista dominicana «Lumen», que se publicaba en Barcelona, deseaba en el Año Centenario que el P. Coll fuera más conocido, y pronosticaba que no estaría lejos el día de verlo elevado a los altares; un articulista suspiraba por tener su «verdadera estampa», y añadía: «Desgraciadamente no se tiene más fotografía que la que le sacaron cuando estaba enfermo, allá en su acentuada vejez; foto que no responde, ni mucho menos, a su verdadera figura, humana y divinamente atractiva..., lo mismo que la de nuestro Padre Santo Domingo». De hecho se publicaron varios artículos para difundir su conocimiento, uno de ellos del benemérito historiador P. José María Coll, del convento de Gerona.

1975 trajo el recuerdo del Centenario de la muerte del P. Coll. Se preparó y celebró con esmero. El Obispo de Vic lo anunció en el Boletín diocesano y lo mismo diferentes publicaciones dominicanas. Se erigió una estatua del escultor Ramón Lapayese ante la Casa natal de Gombrèn, se dictaron múltiples conferencias; la juventud de la Anunciata se concentró por unos días en el incomparable marco de la montaña de Montgrony, el alumnado de los Colegios se implicó en concursos, se ofrecieron esquemas de estudio, y hasta se organizó un Museo en la Casa Madre. Dentro del año Centenario se editaron dos biografías; la primera que apareció fue la escrita por el P. Lorenzo Galmés, que cumplió con su objetivo de divulgar con altura cuanto se sabía del P. Coll.

La otra biografía fue la que, durante años, llevó entre manos el inolvidable P. José María de Garganta, nacido en las mismas tierras del biografiado, hijo de una antigua alumna de la institución que dirigió en Vic el P. Coll hasta su muerte, el Colegio Beaterio de Santa Catalina de Siena, lector incansable de temas de historia de Cataluña, de historia la Iglesia y de la Orden Dominicana. Realizó también sus pesquisas archivísticas y, con los oportunos permisos, se asomó a documentos oficiales del Proceso de Canonización. Lo demás, que no fue poco, lo hizo la Congregación facilitándole un equipo integrado por Hermanas; en él estaban las HH. Carmen Guardia y Dominga Benito, por citar tan sólo dos nombres de las ya fallecidas; para que culminara la redacción le proporcionaron ambiente propicio en la Casa de Oración de El Roble, en Becerril de la Sierra. Su libro, publicado al fin en Valencia en junio de 1976, fue el más divulgado y apreciado, y hasta el presente es la mejor biografía propiamente tal. Se desea, con todo, y especialmente de cara a la Canonización contar con otra semblanza más ágil en su estilo, plenamente fiel a las fuentes, inmersa con discreción en el contexto en que se desarrolló la vida, ilustrada con sobriedad, adecuadamente presentada, y con cualidades para llegar al gran público.

* * *

El 7 de julio de 1977, conmemoración litúrgica del Papa dominico Beato Benedicto XI, Pablo VI firmó el Decreto de aprobación de milagro atribuido a la intercesión del Venerable Padre Coll. Hacía algo más de cuarenta y siete años que se había introducido la Causa, a favor de la cual tantos esfuerzos de todo tipo se realizaron: testimonios, recogida de documentos, examen de testigos, dictámenes complementarios y, sobre todo, plegarias dirigidas al Señor desde tantas partes del mundo. Impresiona, y habrá que recogerlas algún día para que no se pierdan, las múltiples certificaciones de gracias recibidas mediante su amparo; en los primeros tiempos se publicaron en la revista «El Santísimo Rosario», y después en «Cruzada del Rosario». En la última etapa se han venido recogiendo en el boletín informativo de la Causa titulado «Afán».

La gracia aprobada por Pablo VI probablemente hizo entonar el «Nunc dimittis» a una persona que oró sin intermisión, e invitó a orar por los centros educativos que recorrió, que fueron todos los de la Congregación. Se trataba de la varias veces mencionada H. Dominga Benito, que falleció el 13 de noviembre de aquel mismo año 1977. Al menos prestó su letra para escribir tantas «Actas» de visitas canónicas de las Prioras Generales, HH. Trinidad Torrella y Adela González. En tales notas se trataba casi indefectiblemente de la necesaria imitación de las virtudes del P. Coll, y se exhortaba a pedir con insistencia a la Santísima Trinidad su Canonización: «Solas y con los enfermos —se decía textualmente— rezad con gran devoción; que se obren milagros, al menos los necesarios, para que sea colocado en los altares»; y también: «Junto con sus discípulas rueguen para que a no tardar tengamos la dicha de ver en los altares a nuestro preclaro Fundador»; y, en fin: «Sean amantes de nuestro bienaventurado Fundador; acudan a él y hagan acudir a otros en casos apurados, a fin de que se obren milagros por su intercesión que sirvan para colocarlo en los altares».

El milagro aprobado por Pablo VI, como es bien sabido, fue la inexplicable curación de Justa Barrientos, conocida por tantos de nosotros, restablecimiento

verificado en el Sanatorio Adaro de Sama de Langreo, en diciembre de 1958. El Papa Montini, al confirmar la gracia, daba fe de cómo se había entregado el P. Coll al ministerio de la Palabra, y aseguraba que, apenas fallecido, brilló ya alcanzando de Dios múltiples curaciones (AOP 43, 1977-1978, 324-325).

El Decreto de milagro abría la puerta a la Beatificación, y ésta se programó para el 22 de octubre de 1978; no se pudo realizar, sin embargo, en semejante fecha, por la muerte de dos Papas: Pablo VI y Juan Pablo I, éste último con un breve pontificado de 33 días, repartidos entre los meses de agosto y septiembre.

Iba a corresponder colocarlo en el Catálogo de los Santos al Papa Juan Pablo II, nacido y muerto en los mismos días que el P. Coll —18 de mayo y 2 de abril, respectivamente—, aunque, no hace falta decirlo, de diferentes años. Verificó su Beatificación, como estreno de un ministerio eclesial que tanto ejercitó, el 29 de abril de 1979, fiesta de Santa Catalina de Siena, a la que el P. Coll en uno de sus primeros escritos dirigidos a las Hermanas señalaba como modelo a imitar, a la vez que recordaba que era «Patrona de la Orden Dominicana».

En su homilía elogió grandemente el Papa al primer religioso exclaustro que llegaba al honor de los altares; fue en el interior de la Basílica de San Pedro, abarrotada verdaderamente por más de veinte mil personas; lo propuso a la imitación del Pueblo de Dios; modelo de apóstol incansable por su predicación evangélica, que culminó en la fundación de las Dominicas de la Anunciata, en gran número allí presentes junto a la tumba de San Pedro, donde propiamente nació la Orden de Predicadores —añadimos nosotros. Indicaba, en fin, Juan Pablo II, que fue el nuevo Beato espejo admirable de heroicas virtudes humanas, cristianas y religiosas.

Al finalizar la misa, la multitud llenó por completo la Palaza de San Pedro para la recitación del «Ángelus»; el Papa se mostró entonces exultante de gozo por la beatificación, y añadía: «Alegría intensa también porque Francisco Coll y Jacques Laval son los primeros Beatos de mi Pontificado y espero que serán mis protectores» (AOP 44, 1979-1980, 52-61).

El Maestro de la Orden, P. Vicente De Couesnongle, quiso dirigir con tal motivo una Carta; comenzaba preguntando a los frailes si la Beatificación tenía en aquellos momentos un sentido, en concreto *para ellos*. Afirmaba, ya en el planteamiento, que era evidente que encerraba una lección, y sería —adivinaba— fuente de renovación para la Congregación de la Anunciata. El P. Coll presentaba un alegato en favor de la predicación itinerante, él que estuvo orgulloso de su título de «fraile predicador» y se entregó lo más posible a la siembra de la Palabra; cuando pudo liberarse de las tareas parroquiales, consagró los veinticinco años que le restaban de vida a la «predicación itinerante», al estilo de Santo Domingo y sus compañeros.

Al contemplar su vida se fijaba también en la tenacidad que manifestó al responder a la vocación dominicana. Era necesario conocer la atmósfera anticlerical extendida por España para apreciar la fuerza de su convicción al aplicarse fielmente a las exigencias de la vocación religiosa. Resumen de toda la

Carta eran estas palabras finales: «Predicación itinerante y tenacidad en la vida dominicana: tales son los dos mensajes que dirige el P. Coll en este día de su Beatificación. Mensajes actuales porque coinciden con las dos cuestiones fundamentales que interrogan con agudeza en el momento presente: nuestra identidad dominicana y nuestra tarea apostólica» (AOP 44, 1979-1980, 63-69).

Además de la Circular a los frailes dirigió otra a la Familia Dominicana en general, y decía en ella que, gracias a él, al P. Coll, el árbol de Santo Domingo se mantenía vivo y productivo en todas sus ramas: frailes, monjas, hermanas y miembros de la Tercera Orden. Al permanecer en su puesto aseguró la sucesión dominicana en la Provincia de Aragón, entonces privada de sus 68 conventos y de alrededor de 1200 religiosos que contaba antes de la exclaustación de 1835. Ayudó a las monjas, particularmente a las de Vic y, podemos añadir, a las de Barcelona y Manresa; lo mismo a las denominadas Beatas de Vic, Gerona y Barcelona. El hecho de ser nombrado en 1850 Director General de la Tercera Orden en Cataluña le puso en contacto con el laicado de la Orden.

«Su experiencia como misionero popular —escribía textualmente el P. De Couesnongle— le hizo comprender que estaba en trance de perderse la juventud rural, antes de que la explosión de la industria arrebatara a la Iglesia el mundo obrero. Quiso proporcionar remedio. Para todo ello el pequeño número de frailes exclaustados no bastaba. Se apoyó entonces en el laicado dominicano, reclutó algunas jóvenes que, a la vez que enseñaban en las escuelas públicas, se encargaban de la catequesis de sus alumnos... Así nacerá la Congregación de Dominicas de la Anunciata... Coll como Lacordaire, reconocían la importancia primordial, para su tiempo, de la enseñanza. En el ambiente de la Familia de Santo Domingo los dos fundadores transmitieron un carisma y leyes que se inspiran en la Regla de la Tercera Orden. Domingo es el verdadero Padre. Francisco Coll lo reconoce, por lo demás, en el prólogo a la Regla que publicó en 1863 en que afirma que es Santo Domingo quien ha querido la Congregación de *La Anunciata*».

Terminaba el Maestro de la Orden: «Primer fundador en España de una Congregación de Hermanas Dominicas. Es ahora el primero beatificado, entre tantos fundadores y fundadoras dominicas. No hablamos de preeminencia, sino de ejemplaridad. De hecho, y lo repito de buen grado, el único fundador común y padre de comunes inspiraciones es Santo Domingo. El P. Francisco Coll es el eslabón de unión en el interior de la familia dominicana, entre su tiempo —el de Santo Domingo— y el nuestro —el contemporáneo. Esta beatificación viene, por así decirlo, a punto: tras los dos últimos capítulos generales de la Orden que han insistido en la importancia, y aun en la urgencia, de una colaboración cada vez más estrecha entre las diferentes ramas de la familia dominicana. Dios quiera que esta beatificación lleve a todos los hijos e hijas de Santo Domingo a un nuevo avance en la línea de este programa» (AOP 44, 1979-1980, 69-71).

Años de profundización se han sucedido hasta nuestros días. Difícil tarea resumir lo realizado, tanto en forma de cursillos, encuentros, esquemas de formación, congresos de profesores, jornadas de padres de familia, de personal administrativo y de servicios, rutas, páginas en internet, publicaciones de todo tipo. Hoy disponemos de la edición de sus Obras Completas, de los Escritos que

dirigió a la Congregación y de Testimonios que dieron sobre él, de una forma u otra, desde su nacimiento hasta la clausura en 1930 del Proceso informativo ordinario en orden a la Canonización. Es verdad que, al respecto, se han seguido nuevos hallazgos y, como era previsible, estamos en la actualidad en grado de ofrecer un volumen – suplemento, tanto de las Obras Completas, como de los Testimonios. A la verdad que tales escritos siguen proyectando nueva luz sobre una figura que «humilde por nacimiento y no menos por elección», como afirmaba al informar de su muerte al Maestro de la Orden el P. Francisco Enrich, dirige mensajes intensos por su potencia iluminadora para nuestro presente.

Los últimos tiempos han recogido de manera especial el afán por echar bases sólidas para que el Santo Padre decrete la Canonización. Un verdadero río de gracias no interrumpido desde su muerte ha deparado una que, tras conseguir «parecer previo» positivo de médicos consultores de la Congregación de las Causas de los Santos, ofrece garantías de prosperar en su examen y juicio definitivos. Tal gracia de curación se ha operado en esta ciudad de Madrid y esperamos que esté cercano el día de clausurar la Investigación diocesana abierta por mandato del Sr. Cardenal Rouco Varela en abril de 2004. Verdadera constelación de gracias de todo tipo la han acompañado para que todo procediera en buena dirección. La gratitud debida al Señor y al Beato Francisco Coll ha extenderse, en justicia, a tantas personas, médicos y colaboradores, oficiales del tribunal, Hermanas, y, desde luego, a la niña agraciada, a sus padres, familiares y amigos que se han mostrado en todo momento conscientes de que las «obras de Dios» son para que brillen en bien de toda su Casa, que es la Iglesia. Con todo, no hace falta decirlo, la oración continuará —es preciso que continúe— llena de fe para que el Señor que lo ha comenzado todo lo lleve también Él mismo a feliz término.

* * *

A este esfuerzo, nada pequeño, pero muy grato, se ha unido otro, no menos ejemplar por parte de la Congregación: el de preparar la Beatificación de nuestras Siete Hermanas Mártires que caminan hacia los altares en una Causa barcelonesa plenamente dominicana. Se inició en el ya lejano 1958 y se clausuró a nivel diocesano en 1963. Veinte años después fue necesario adaptarla a la nueva legislación promulgada por Juan Pablo II en 1983. Se ha escrito de manera abundante —en libros, revistas y folletos— acerca de la identidad de las Hermanas y de las circunstancias que rodearon su muerte, dos en terrenos de Castellgalí, ante la montaña de Montserrat, y cinco también frente a la misma montaña a la salida de la población de Vallvidrera, en la ladera occidental del Tibidabo, en una curva cuyo nombre recuerda hasta hoy el lugar del martirio, la así llamada desde entonces «Revolta de les Monges». Mención especial merece la inspirada composición musical realizada en Brasil por la H. Rosa Font, y la bella pintura, realista y alegórica a la vez, llegada de Guatemala, obra de D^a. Rosamaría Pascual de Gámez. Por lo mismo que tenemos actualizado el recuerdo, nos limitamos ahora a evocar sus nombres. Fueron las Siervas de Dios Ramona Fossas Románs, Adelfa Soro Bó, Teresa Prats Martí, Otilia Alonso González, Ramona Perramón Vila, Reginalda Picas Planas y Rosa Jutglar Gallart. Junto a sus nombres, recordemos los otros que componen la Causa dominicana de Barcelona: Los laicos dominicos Antero Mateo García y Miguel Peiró Victori, la monja,

discípula durante años de la Anunciata, Josefina Sauleda Paulís, y las Hermanas, hoy de la Congregación de Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada, Carmen Zaragoza Zaragoza y María Rosa Adrover Martí.

Nuestro género de vida precisa de manera obligada de la teología; esta ciencia, anclada en la revelación, y con amplio uso de la razón, asegura que el martirio es una «victoria» que resulta de la «confesión de la fe frente al perseguidor»; éste inflige al cristiano la muerte precisamente por su fe y, en cierta manera, el mártir es «rociado» con su propia sangre, a semejanza de cuanto había ocurrido el día de su bautismo con el agua. El «bautismo de sangre» conduce a la más alta imitación de Cristo, cuyo Espíritu concede el más noble fervor de dilección y afecto: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15). El mártir es testigo de la «fe en Cristo», testigo de su «divina verdad», no de una verdad matemática, política o social, nobles metas, ciertamente, pero que no dan el título de «mártir» al que entrega la vida por ellas. La efusión de la sangre convierte al testigo en «templo del Espíritu Santo». El «alma del martirio» está en el amor. De semejante espíritu o alma se vieron animadas nuestras Hermanas Mártires que se mantuvieron firmes en la confesión de su fe, perdonaron a sus verdugos, y alcanzaron la máxima cima a que puede llegar la virtud de la caridad.

Sobrevivieron dos durante unas horas a las descargas que contra las cinco dispararon el la «Revolta de les Monges». Ambas, HH. Otilia y Perramón, tuvieron palabras de perdón sin reservas para sus verdugos, y ninguna la más leve de odio, desesperación ni aun de tristeza. La última se manifestó contenta de su suerte —aseguraban quienes hicieron todo cuanto estaba a su alcance por salvarle el hilo de vida que le quedaba; cuando contaba algo de su «pasión», pedía que no lo tomaran en el sentido de ofender o perjudicar a nadie, quería que tomaran sus palabras como motivo de gloria a Dios, y repetía que quería hacerse digna de la gracia del martirio, como si la encontrase demasiado grande para ella.

* * *

Del «polvo de la tierra», reconocía el Beato Francisco Coll que se había alzado su «Obra». ¡Quién había de pensar —exclamaba en ferviente oración que dirigía espontánea al Señor en el prólogo de la Regla editada en 1863— que del polvo de la tierra formaseis una obra tan grande y portentosa como es este Santo Instituto! Su Beatificación fue portadora de nuevas gracias para lo que podemos llamar «Familia Anunciatista». Lo pronosticaba, como hemos visto, el Maestro de la Orden, P. De Couesnongle.

Foco de atracción, lugar de encuentro, ha sido con frecuencia la Casa Madre. Tras la persecución religiosa de 1936 a 1939 necesitó de una remodelación de la iglesia, que fue profanada; cambió entonces su estilo, y hasta se le privó de la parte superior, que se dedicó a espacios para las Hermanas en formación. Fue necesario adaptar el Colegio, y también, por los años cincuenta construir un nuevo pabellón para diferentes usos. En los últimos tiempos, sin embargo, bien puede decirse que se ha dado nueva fisonomía a buena parte de la Casa. Se ha dignificado la iglesia con la capilla dedicada al P. Coll, donde el arquetipo con las reliquias ha encontrado lugar digno bajo el altar, donde tantas veces se celebra la

Eucaristía ante la monumental imagen del escultor Carulla. La canonización de San Pedro Almató, en 1988, fue momento propicio para dedicar a este Santo misionero en tierras del Vietnam una memoria en mármol. Se ha recuperado la parte superior de la iglesia, de estilo neogótico, con artesonado en yeso en que se repiten tres diferentes escudos dominicanos, enmarcados siempre por las cuentas del rosario; tal espacio ha creado un ambiente adecuado para la oración, en una capilla dedicada a la Virgen del Rosario, patrona de la Congregación.

La Casa Madre, estratégicamente situada, dispone hoy de lugares adecuados para la acogida, oración y reflexión y, lo que es más importante, tales ámbitos se utilizan con frecuencia, para reuniones de capítulos, jornadas provinciales, cursos para formadoras, encuentros de jóvenes profesas perpetuas o novicias, profesorado, padres de familia y demás personal colaborador de los Colegios. Destacan dentro del recinto los Museos y la Biblioteca, donde tantos objetos de valor y selecta bibliografía acercan a la vida del Beato Francisco y Coll y su Congregación. Un complemento para todo se halla en la cercana Casa Natal de Gombrèn.

Ciento Cincuenta Años comenzamos hoy a conmemorar. A lo largo de los meses que seguirán se podrá recordar, celebrar y planificar. La Priora General en su Circular fechada en la Fiesta del Rosario del pasado mes de octubre invitaba a «volver a las fuentes», a la intuición fundacional del P. Coll. Lo haremos, estamos seguros, de buen grado, y lo realizaremos, como también se nos insinuaba, con la mira puesta en iluminar el momento presente. Nos convenceremos una vez más que merece la pena emplear tiempo y energías en el servicio generoso a la Palabra de Dios, particularmente por medio de la escuela; nos afianzaremos en la convicción de que es una gracia la de poder ayudar a la niñez y juventud a descubrir y secundar la vocación recibida; entre las llamadas, es seguro, que se da la vocación e enriquecerse y enriquecer con el carisma dominicano de la Anunciata. Año de entusiasmo en la promoción vocacional y en la ayuda a las jóvenes novicias y profesas en cuatro Continentes tiene que ser este Año Jubilar. Año de impulso también en la incorporación y formación del laicado que, como viene sobradamente manifestándose, se entrega de verdad a realizar su trabajo como verdadera vocación en el interior de la Familia de Francisco Coll, y así sacar toda la virtualidad que tiene el sacerdocio común en la obligada proyección hacia el apostolado más necesario: el de desterrar la tremenda pobreza que supone la ignorancia, particularmente religiosa. El mismo P. Coll, a quien invocamos diariamente con el título de «Apóstol del Evangelio y del Rosario», continuará, con eficacia ante Dios, «intercediendo por su Obra», cada vez más amplia y difundida. Así lo deseamos y así lo pedimos.

